

LOS COMUNISTAS Y ALLENDE

Luis Corvalán. Profesor y periodista. Senador y actual Secretario General del Partido Comunista de Chile.



Queremos referirnos a la figura del presidente Allende, que encabezó este proceso y que ocupará en la historia un sitio preeminente por la magnitud de su obra y su lealtad.

En relación a la orientación del gobierno de la Unidad Popular, se suele identificar la política del Partido Comunista con la política de Salvador Allende. Nuestro partido consideró, desde el comienzo hasta el fin, un asunto esencial de su política la necesidad de afirmar el gobierno del compañero Allende. Con él tuvimos siempre buenas relaciones, basadas en la amistad, la franqueza y el respeto mutuo. Pero, como es comprensible y natural, no teníamos las mismas concepciones, no siempre coincidimos en todo. Disentimos, por ejemplo, de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluiría o haría innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado. Se lo dijimos. De su lado, él nos expresó sus opiniones discrepantes cada vez que lo consideró necesario. Sin embargo, lo cierto es que, al margen de estas y otras diferencias, hubo una gran coincidencia en la línea gruesa, en cuanto al carácter de la Revolución, a sus etapas, a la política de alianzas, a la combinación de la presión de masas desde abajo

con la actividad del gobierno desde arriba para llevar adelante los cambios revolucionarios, a la aplicación irrestricta del programa.

La ultrazquierda acusó muchas veces a Allende de reformista. Nosotros dijimos alguna vez, que en el gobierno había rasgos reformistas. Pero esto no era lo que caracterizaba al gobierno. Era un gobierno revolucionario y lo era también gracias a su personal contribución.

Por el conocimiento que de él tuvimos podemos decir que los actos de su vida estaban inspirados por un amor muy grande por su pueblo, nuestro pueblo. Su deseo de que los humildes, los desamparados, los humillados pudieran llevar una vida digna, guió su actividad política. Todo esto y, por qué no decirlo, su sentido de la historia y de su papel en ella, eran sentimientos tan fuertes que le daban capacidad para pasar por encima de cualquier concepción idealista a la que hubiese adherido, y lo decidían a llevar la Revolución hasta el fin.

Salvador Allende no tenía una formación marxista-leninista acabada. Pero era un hombre dispuesto a la lucha sin concesiones para que la clase obrera y el pueblo alcanzaran posiciones de Poder. En él pesaba fuertemente una es-

pina del pueblo de Chile: las traiciones de que había sido objeto aquél por demagogos burgueses, las frustraciones que había experimentado tantas veces. No vacilaba para enfrentar con coraje a los enemigos. Lo que hizo y lo que no hizo estuvo ante todo determinado por el afán de dirigir los acontecimientos con miras al acceso del pueblo al Poder. En las últimas semanas, cuando la subversión reaccionaria ponía jaque al gobierno y la insolencia de *El Mercurio*, llegaba a extremos inauditos, él sentía, por una parte, el deseo de aplastarla y, de otro lado, la impotencia en que ya se encontraba su gobierno por el deterioro de la correlación de fuerzas. Pero en esos momentos lo escuchamos exigir consecuencia a aquellos críticos de su gobierno, a los que lo habían calificado más de alguna vez de reformista, diciéndoles: “Yo no puedo, no estoy en condiciones de hacer nada contra *El Mercurio*, pero háganlo ustedes”. Esto demuestra que en él primaban sus propósitos revolucionarios, su gran propósito de hacer la Revolución, por encima de *las concepciones de tolerancia*, a las que nunca se atiende la burguesía, pero que habían formado parte de su ideario.

Salvador Allende fue un consecuente luchador por la paz mundial, amigo del campo socialista, principalmente de la Unión Soviética, de Cuba, de Viet-Nam y de la República Democrática Alemana. Fue un campeón de la unidad socialista-comunista, de la unidad de la clase obrera y de la unidad del pueblo y fue un gran educador de las masas populares en las ideas de la transformación social. Durante un cuarto de siglo, por lo menos, con lenguaje sencillo, sembró las semillas de los grandes cambios que necesitaba el país, como la nacionalización del cobre y la reforma agraria. No fue el único. Y los partidos, ante todo el nuestro, hicimos en este sentido lo que era de nuestro deber. Pero, considerado como personaje histórico, *Nadie, después de Recabarren, ha sido un tan grande educador social.*

Su último servicio a la Revolución fue su holocausto. Le ofrecieron salvar su vida, pero no aceptó tratos con los fascistas, ni siquiera para eso. Su sangre estigmatizó para siempre a los traidores.

Tenemos en alta estima, sentimos un gran orgullo de



haber marchado por largos años en un acuerdo tan estrecho con él, en aras de asegurar el éxito del proceso revolucionario, del esfuerzo por conseguir su culminación victoriosa y lo estimamos como un gran símbolo de la unidad socialista-comunista y de la Unidad Popular.

“Por el conocimiento que de él tuvimos podemos decir que los actos de su vida estaban inspirados por un amor muy grande por su pueblo, nuestro pueblo. Su deseo de que los humildes, los desamparados, los humillados pudieran llevar una vida digna, guió su actividad política”.